

Historia de una Bala.

Isidro Luis Jiménez

A veces. Hay veces que ocurre. No es raro que ocurre. Todo ocurre muy rápido. Deprisa, deprisa. La gente va, viene, se mueve, compra, ama, se viste, friega, cuenta su dinero, se acuesta, trabaja, mira a hurtadillas periódicos ajenos. Muere.

Y entonces ocurre. Hay veces que ocurre. No es raro que ocurre. Un ojo busca. Un ojo encuentra. Otro ojo, muy próximo al primero, se encuentra cerrado. Pero, con su pasividad conformista, se convierte en cómplice. Dos ojos buscan, uno encuentra y es suficiente. Y una bala es disparada. Se trata de una bala corriente, pero esa bala, esa bala en cuestión, no es como las demás. Tiene vida –muerte- propia. Tiene sus características, tiene su personalidad al igual que las personas. Quizás las diferencias pasen inadvertidas para nosotros, pero esa bala quizás tenga un peso ligeramente distinto. Quizás, una pequeña y especial marca irregular y microscópica que nadie nunca ha notado ni notará. Nunca la bala cae, nunca-nunca caerá-va a caer. Es una lógica física absurda: siempre, siempre avanza ya percutida. Única criatura del momento, única criatura en ese momento, única realmente existente en este nuestro momento. Metal irregularmente irregular, regularmente letal, lábilmente responsable entre la realidad, alcanzando la distancia esperada. Lo importante es que esa bala, la bala no es igual a una bala. Así pues, la bala era ya pero, sobre todo, se convierte ahora en un elemento aislado, significativo por sí mismo,

aislado del resto de las balas. La bala tiene una misión específica, determinada, inseparable de sus características antes apuntadas. Y la bala, nuestra bala, la bala comprometida ya con mucha gente, la suficiente gente, roza el aire, lo atraviesa, lo silba, lo despedaza, lo separa artificialmente. Nunca nada debía hacer eso. La bala corre, corre, corre lenta, impasible, matemáticamente recta, grandiosa, solitaria, audaz, diabólicamente hermosa. Recorre metros y metros, conoce la variedad infinita de los pequeños detalles del aire en los que nunca nadie se fijará, detalles como las características únicas de la bala. Aunque la bala parece ir cada vez a menos velocidad, no hay problema: ya alguien la ha sentido. Mucha gente ve la bala, pero pocos saben que la han visto. La bala, la única bala que existe en el mundo, la bala que explotará y que terminará así con su propio ser cumpliendo su misión individualizada, se pasea burlona por delante de ojos. Y esos ojos son distintos, muy distintos del primer o del segundo ojo. Son ojos llenos de miedo permanente, ojos lacrimosos y sumisos.

Entonces ocurre. Ocurre. Casi siempre ocurre. Es muy fácil, muy fácil que ocurre. La bala explota, cumple su misión. Acaba. Mata a alguien, no importa a quién. La bala penetra lentamente a velocidades de vértigo por un trozo de carne, por un pedazo de sueño, por un alma dura. Perfora sus amores futuros, desagua una vida por el sumidero de la historia. Charquito de futura sangre coagulada. El cuerpo cae, masa grávida inerte, ya ctónica, necesariamente desechable. La bala explota, la bala se queda, la bala rebota, la bala cae al suelo. No importa. Ya nada importa. La bala acaba. Muere.